

MARTIRIO Y EXPIACION

O

EL NERON DE INGLATERRA.



*Drama en cuatro actos, representado por
alumnos del Colegio.*

MI ULTIMO ROMANCE

A MARIA.

No se apaga todavía
la amable luz de mi aurora;
para eclipsarla, impotente
fué de mi dolor la sombra.
También el sol es piadoso
y en las tardes no trasmonta,
sin que la última vez cante,
para dormir la paloma.
¡ Aquí estoy . . . sobre mi pecho
descansa la lira rota,
acusándome de olvido,
lamenta y me da sus notas,
y un nombre como un misterio
de entre sus arpegios brota,
un nombre que me recuerda
tiempos de mejor historia . . .
¡ María ! . . . qué dulce sueñas
cuando las arpas te nombran !
No he de cantar? . . . imposible !

mi lira me venció ahora:
Bien los ruisñores cantan
cuando el crepúsculo asoma;
cuán bien las liras preludian
ante las primeras sombras.
Era niño:-como el alba
azul, como el áureo cielo
cuando el trópico amanece
sobre el lago, era mi pecho;
el astro de la inocencia
me bañaba en sus reflejos;
mi palacio fué la cuna,
y desplegaba su vuelo
el Angel de la pureza,
que era el Angel de mis sueños.
Sentí que el amor latía
cuando mi madre en su anhelo
bañaba mi limpia frente
con un manantial de besos.
-Ay! sea tu amor la Virgen,
decía al mostrarme el cielo;
después el Ave-María
me enseñó: suave concierto,
fuiste arrullo de mi cuna.
de mi infancia primer verso-
Después ¡oh dicha! una imagen
quedó guardada en mi pecho,
tenía la sien brillando
con diadema de luceros,
unos ojos que miraban
con amor que daba celos;
los labios, labios de madre,
do palpitaban los besos:
era tu imagen, María,
la adoré dentro del pecho. . . .
cuan feliz me ví, porque antes
que el dolor vino el consuelo:
-Soy feliz!- clamaba mi alma,
feliz respondía el eco;-
mi madre con sus arrullos
contábame sus recuerdos,

y hasta el ángel de mi guarda
me confiaba sus secretos,
porque el amor de los ángeles
no es mudo, es amor paralelo. . . .

Junto á la dormida cuna
¡oh María! fuiste reina;
mi corazón tu basallo,
soplo tuyo mi conciencia;
mi albedrío á tu sonrisa
cautivo me daba fuerza,
y era la infantil plegaria
mi baluarte y mi defensa.
¡Oh perfumes que embagásteis
la de oro bruñida esfera,
levantándoos de mi pecho
en blondas nubes de esencia!
!Oh pudor, lujo del alma,
que flúas por mis venas,
cual de las copas evúrneas
de Alcimedón rubio nectar!-
Y tú plegaria del niño,
Ave María primera,
oración de los Arcángeles
y de las madres poema,
¿á dónde volaste dime
en cortejo de mi Reina?
¿fueron acaso más puras
que mi pecho las estrellas?-
Aún recuerdo-Mis miradas
te buscaban, Virgen tierna,
y entre ellas y tu sonrisa
se libraba una pelea;
mis ojos te iban venciendo,
pero, al fin, hermoso atleta,
me dejabas á tus plantas
casi muerto en la contienda.
Entonce, ¡ay! como soñaba
que mi palacio de arena
era un reino donde había
hombres, castillos y guerras,

que mi frágil barquichualo
olvidado en la rivera,
se había tornado en nave
que me llevaba deveras.-
¡Soñaba, ay como soñaba!
lo que cantan los poetas,
que eran ciertos mis soldados,
que era de luz mi cometa !. . . .
Al despertar. . . . ¡aún recuerdo!
Fiel guardia á mi cabecera
miraba la dulce imagen
de la Virgen nazarena,
y de la cuna atalaya
á mi madre allí en espera,
que al mirarme fugitivo
de mi sueño á las cadenas,
temblando de amor decía:
ponte de rodillas, reza,
hijo, si amas á tu madre;
que el beso de la inocencia
es oración. . . . Santa historia,
mi corazón te recuerda,
no volverás nunca;. . . . vino
la Poesía, cuando ella
viene, la inocencia vase;
¿qué será que no se esperan
estas dos divinidades,
cual no se unen las estrellas?
¿por qué será que los astros
se buscan, más no se encuentran?. . . .

Era un día-Nubes límpidas
se arrimaban al oriente,
brotaban bajo mis plantas
flores que esmaltan el césped;
las miradas jugueteaban
como las aves silvestres,
y la dulce Ave-María
se alzó de mi alma cual siempre.
Mas ¡ay! que adentro del pecho
algo sentí derrepente,

que me abrazó las entrañas,
cual del alma lenta fiebre;
cerré los ojos, el frío
del sepulcro hirió mi frente,
y un ¡ay! del fondo arrancado
me dejó en el polvo, inerte. . . .

Inspirada poesía,
con cuantos dolores vienes;
inspiración codiciada,
feliz quien nunca te siente. . . .

¡Al contemplarte á mi lado
la inocencia ví perderse !
para mí, el cielo, no te hizo,
y á herirme llegas adrede,
erraste al tocar mis puertas,
no querría ser tu huésped:
eres el fuego del alma,
luz de lo alto también eres,
llanto de amor que sublima,
espada de Dios que vence.

Mil sombras desparramadas
enlutaron los dinteles
del firmamento apasible
que cubrió mi cuna alegre;
visiones de un mundo nuevo,
armonías que se pierden,
cual notas del arpa eolia
que acaricia el viento leve,
y fantasmas impalpables,
é imágenes transparentes,
en confuso torbellino,
llegaron á sorprenderme.

El dolor abrió los ojos
como estrellas del poniente
que extáticas me miraron
y sonrieron al verme. . . . !

¡Inspiración codiciada,
feliz quien nunca te siente! . . .

La Ave-María dulcísima,
como las aves silvestres,
voló, viendo que llegaban

tan tristes anocheceres,
y en cambio vino la *Salve*
como rumor que se pierde,
trayendo *Vida y dulzura*
y *ojos que á mirarme vuelven*.
¡Aún te canto, *Salve* hermosa,
de amor dulce miserere! . . .

Primera vez en mi vida
sentí mi alma estremecerse,
y horrenda como el abismo
ví la imagen de la muerte;
cayó como desplomada
entre mis manos mi frente,
y en meditación profunda
se hundió mi alma para siempre.
En mi auxilio llamé al genio;
y respondieron sin verme,
tras las ruinas de Corinto,
de Byron la voz solemne,
y de un bosque de palmeras
llorando el arpa de Becquer.
En actitud dolorosa,
desde entonces para siempre,
las estrellas de la tarde
meditando me sorprende;
por eso en triste estrofas
la arpa de mi amor se duele,
por eso, íntimas amigas
son mis manos con mis sienes. . . .

Oh! María, tú que oíste
de mi pecho los romances,
cuando cantaba tendido
á la sombra de mis sauces,
conoces también hoy día
la congoja que me abate,
mientras oyes de mi labio
los acentos de la *Salve*.
Oh! María, tú que oíste
el idilio de los ángeles,
junto á la dormida cuna

donde velaba una madre,
resucita mi inocencia,
como despiertan las aves,
á los murmurios arpados
que el viento del alba trae;
mas, no: la noche se acerca
la inspiración me combate,
como tus ojos, María,
cuando era ese niño de antes.
De un dolor que no he sentido
me ofuscan turbios celajes,
prismas de lumbre indecisa
entre nubes tropicales;
veo lirás empapadas
en manantiales de sangre,
y oigo acentos que seducen
de las arpas inmortales;
no podré seguir su vuelo,
ni remedar sus cantares,
nimbos de luz me cautivan,
por Dios !ayúdame Dante!
Soy tan pobre, que es mi idioma
la sencillez del romance,
es mi acento triste y lánguido
que se apaga cuando nace;
soy tan débil, que mi pecho
apenas siento que late,
y es el alma que me informa
un suspiro de mi madre. . . .
¡Ah! Dios mío, dí ¿qué hiciste
al arrojar cual cadena,
sobre los hombros do mi alma
la inspiración que me arredra?
¿Por qué dejas que la lumbre
se apague bajo pavesas?-
¿Por qué en los mares oculta
la concha de nácar queda?
Profundos son los misterios
que esconde naturaleza:
¡Cuán felices son los ríos,
é infelices las estrellas:

ellos se buscan llorando
pero, al fin, se unen, se estrechan;
ellas con luz se persiguen,
y, ¡oh! dolor, nunca se encuentran!. . .
Ah! Dios mío, tu obra santa
disponla de otra manera;
acabe el eterno llanto
de los astros que se esperan;
levanta á la superficie
del mar, la escondida perla;
la luz que del cielo viene
no se extinga entre pavesas,
y arranca de mis entrañas
el numen que me atormenta.

Tú, María, me prometes
en libertad poner mi alma,
y me pides en recuerdo
las ternuras de mi infancia:-
-Todo á tus pies lo resigno,
el amor y la esperanza,
tuyo es mi último romance
y la agonía de mi arpa;
esos velos de mi cuna
hoy empapados en lágrimas,
esos arrullos de mi ángel,
esos sueños que soñaba
y la orfandad lastimosa
también la dejo á tus plantas:
que, si muere la inocencia,
se queda huérfana el alma.

Cuando veas mi sepulcro
cariaciado por las auras,
mientras mi espíritu vague
por las inmortales playas,
mientras canten mi episodio
con su música las ramas
del árbol de los sepulcros
que á los infelices guarda;
mientras florezca el olvido
con musgo húmedo de escarcha,

y rieguen copas de agenjo
los genios de la nostalgia,
escucharás, ¡oh María!
murmurar tu nombre mi arpa,
llorando cabe mi tumba
con el ángel de mi guarda. . . .

Nicanor Aguilar.

Cuenca, Julio 26 de 1891.
